

Navidades estivales

Desde Chile

Desde que estoy en este hemisferio sur y observo las estaciones, todo me parece al revés. En el norte estaba acostumbrado al tórrido Julio o Agosto, y aquí me vi luchando con la estufa para no congelarme de frío.

Abril Mayo eran los meses de las flores, de cómo brota radiante la primavera, y aquí contemplo cómo caen las hojas marchitas, cómo se va enrojeciendo y desnudando la naturaleza. El mundo al revés (y yo me acuerdo que me preguntaba de niño por qué los del otro hemisferio no se caían, ¡porque era evidente que estaban cabeza abajo! ¿no?).

Y cuando llegaba el temido noviembre, donde los días ya se habían acortado, los árboles se habían desnudado y en algunos sitios ya venían las primeras nevadas, acompañadas de alguna gélida brisa. Pero eso era aún rescatable, porque el aún más oscuro mes de diciembre al menos traía la buena nueva de Navidad. Uno tenía la imagen de esas lucecitas en el interior de las casas rodeadas de una naturaleza fría, hermosamente congelada (tienen que ver eso en Suecia, es inolvidable). Ideal para la venida del abrigado Viejo Pascuero (Papá Noel) o de los tres Reyes Magos que bajaban sus regalos por las chimeneas y había que dejar comida para los camellos.

El hecho es que toda la naturaleza invitaba a recogerse (siempre que uno no se dejara arrullar por los chirriantes cantos de sirena del mundo comercial navideño y los centenares de villancicos repetidos hasta la saciedad, hasta la hartura, diría yo, que uno incluso espera a que acaben las fiestas para descansar).

Pero si uno lograba sobrevivir o hacer oídos sordos a ese estruendo artificial, se podía sentir algo de esa intimidad que pretende despertar la navidad. Ese algo infantil, prometedor, esa calidez interna que nace en el interior del ser humano y en el que

el mundo espiritual fecunda la tierra futura con la venida de nuestro Mesías, con ese niño inofensivo y humilde, con ese pesebre inadvertido, con esa virgen inocente, asombrada y con ese atónito marido que respetuoso lo contempla todo, sin saber muy bien qué pasa. Todo lleno de misterios.

¡Qué bien se prestaba el invierno para ello! Y ahora resulta que se celebra la Navidad en la playa, en el campo, en plenos ardores veraniegos. El mundo al revés...

¿Dónde encuentro en la naturaleza algo que me recuerde el ánimo navideño que casi sin esfuerzo podía contemplar en el hemisferio norte? ¿Dónde hay ahí fuera algo que me recuerde ese misterio interior que se produjo antaño en Palestina en aquel lejano hemisferio norte?

Cuando salgo por las mañanas hacia el colegio, florecen en mi calle los bellos jacarandas, y el hermoso ceibo del patio del colegio me recibe potente y parece querer estallar. Sí, es cierto, el verano hace que uno se salga de sí mismo, véanlo por ejemplo en el Calendario del Alma...

Mientras allá en el norte la gente entra dentro de sí misma aquí uno sale y se expande y se adormece en la naturaleza y uno siente algo así como lo que expresan los versos que escribí hace unos años:

¡Madre verano! ¿Qué me haces?

¿Debo entregarme a tu arrullo
y adormecerme en tus brazos?

¡Madre verano! Tú eres madre
y debo entregarme confiado.

¿Qué haces tú conmigo
madre verano?

Pero en esa expansión, ¿dónde encuentro la cueva oscura donde se produce el milagro? Las flores me miran y me dicen: Contém-

planos, estúdanos, ámanos, y comprenderás... Creo que empiezo a sospechar lo que quieren decirme, pues al contemplarlas, al estudiarlas, empecé a asombrarme con ellas, a tenerles un sagrado respeto.

Ya veo, en ellas hay también una cueva, un lugar que ocultan celosa y virginalmente. Su exterior bello y multicolor nos embelesa, su perfume nos embriaga, la flor parece querer mostrarse y seducirnos con sus velos, pero es muy pudorosa, porque ha sido fecundada por una calidez del cielo y en su seno oculta el pistilo con el futuro fruto.

No es tan vana ni coqueta la flor, ella se expande, sí, se vuelca hacia nosotros, pero da su vida ardiendo en sacrificio... y ahí me vinieron aquellos otros versos que escribí hace unos años:

¿Por qué no quiso quedarse
la flor en su atalaya,
mostrando siempre el esplendor
de sus pétalos policromos?

¿Por qué dejó caer, una a una,
sus alas calcinadas
por un invisible fuego
surgido de su íntimo destino?

Sólo más tarde comprendí...
olvidadas ya las cenizas,
cómo de aquél minúsculo centro
de áureas vestiduras desnudo
había surgido el fruto
hinchido de latencias,
¡vergel de un futuro mundo!

Ahí estaba el misterio, cada flor es como el mundo mismo dentro del cual anida y se desarrolla un nuevo mundo, hijo del sol. Y si en el norte, es la tierra entera la que acoge en su seno esa fecundación que luego brotará en primavera, en el sur es el fruto que anida pudoroso en el interior de cada flor el que madurará en otoño tras las cenizas de la flor, cuando su sol interior haya henchido plenamente su ser y lo haya vuelto dulce. Como se expresa en aquellos otros versos que también escribí hace ya un tiempo, y que hoy, para mi sorpresa veo revivir:

Natividad en Norte y Sur

Bajo la plácida capa de nieve
se oculta la semilla solar,
que habrá de nacer magnífica,
para hacer de la áspera tierra
el manto multicolor del sol.

Entre los velos del calor estival
maduran los frutos de la experiencia,
dando a luz la semilla inadvertida
del nuevo ser que se erguirá viviente
cuando marchiten las hojas del ahora.

En la apariencia sensorial del mundo
penetró la Luz del Espíritu Universal,
para nacer en él como semilla,
en el seno íntimo de la Tierra,
y en las honduras del corazón humano.

Y por eso si en el norte todo me invita a interiorizarme, a encontrar ese centro de reflexión de cómo la luz puede surgir de lo más hondo de la oscuridad, tal como lo expresa el prólogo de

San Juan; en el sur todo me invita a perderme en el entorno, pero puedo hacer un esfuerzo, un gesto, situarme no delante de mí, sino “detrás de mí”, y notar cómo en el corazón y desde él irradia un centro oculto en mí, un centro solar que quiere madurar, un punto de sensibilidad que tiende hacia el futuro, que puede despertarme en medio del arrullo general de la naturaleza, y decirme: en el núcleo solar de cada flor y en el núcleo solar de mi propio ser hay un nuevo mundo que se está gestando, allí ha de nacer el nuevo ser que puja por manifestarse, el que podrá rescatarme de los escombros de la naturaleza exterior o el que me permitirá erguirme despierto entre sus arrullos, para que el espíritu no se duerma en ella, sino para que precisamente se despierte y logre desentrañar el espíritu que en ella habita, redimiéndola por fin de su atadura. Pues como dice San Pablo:

“... en ansiosa espera la creación desea vivamente la revelación de los hijos de Dios... en la esperanza de ser liberada de la servidumbre de la corrupción para participar en la gloriosa libertad de los hijos de Dios... pues sabemos que la creación gime hasta el presente y sufre dolores de parto...”

Deseemos siempre unas íntimas e interiormente felices Navidades. Que disfrutemos de los niños que Dios nos ha confiado, porque el niño en todo es el futuro que el presente cobija.

Miguel López-Manresa